

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION

12 reales fuertes

AL MES

EN LA HABANA.

\$5-25, papel, trimestre

EN EL INTERIOR

Franco de porte



DIRECCION
y Administracion
OBISPO NUMERO 50.

A DONDE

SE

DIRIGIRAN

TODAS

LAS COMUNICACIONES

Y

reclamaciones.

EL MORO MUZA.

PERIODICO DE LITERATURA, ARTES Y OTROS INGREDIENTES.

DIRECTOR PROPIETARIO:
DON MIGUEL DE VILLA.

FUNDADOR:
D. JUAN M. VILLER GAS.

CARICATURISTA:
D. VICTOR P. DE LANDALUZE.

EL BAZAR PATRIOTICO.

Estaba anunciado en todos los periódicos de la ciudad, con gran antelación, que el bazar destinado, por el Casino Español de la Habana, al socorro de los inutilizados en la actual campaña, abriría sus puertas al público el dos de Mayo, fecha de gloriosa remembranza para nuestra heroica nación; y tratándose de un objeto tan patriótico como humanitario, ningún día pudo ser elegido con tanto acierto para el caso, como el que immortalizaron con titánicos hechos los esclarecidos mártires de la independencia española y los que en lejanas regiones supieron mantener alto y sin mancha el honor de su gallarda bandera.

Y así sucedió. Eran las ocho de la noche del mártir último, cuando un inmenso gentío llenaba los salones del referido instituto, adornados con esmero, y donde los anaqueles, colocados simétricamente, ostentaban multitud de efectos de valor que, al reflejo de innumerables lámparas, lucían en vistoso panorama. El ilustre general Jovellar quiso presidir el acto de la inauguración, y acompañado de algunos de sus ayudantes y de los señores que componen la Directiva del Casino, verificó la apertura del espléndido bazar, en medio de los alegres sonos que daba al aire una excelente banda de música.

Al instante, la muchedumbre allí apiñada, corrió á las mesas á comprar papeletas, que eran vendidas por las delicadas manos de hermosas damas de la buena sociedad habanera; y no fueron pocos los objetos de mérito que vimos entregar á los favorecidos por la suerte. Así debía acontecer, porque estando avaluados, por peritos, en ciento veinte y cinco mil pesos, los premios del bazar, y ascendiendo el importe de las papeletas que han de venderse, á doscientos cincuenta mil, es evidente que aquéllos se encuentran con relación á éstas en proporción de un cincuenta por ciento, respecto al valor que representan.

La gran concurrencia que ocupaba todos los departamentos del patriótico instituto, no empezó á disminuir hasta después de las once, y ninguna persona que en él penetrara, dejó de celebrar el pequeño jardín formado en la entrada

principal y el que embellecía el escenario del teatro, cada cual con una graciosa fuente en el centro, brotando el transparente líquido, en caprichosos juegos, como lluvia de menudísimas perlas.

Hasta aquí la parte seria de la apertura del bazar, inaugurado bajo tan buenos auspicios, y continuado en los días subsiguientes, con el mismo favorable éxito; y ahora es necesario abandonar la gravedad observada en cuanto llevamos referido, para decir algo respecto á ciertos lances cómicos, de los cuales fuimos testigos durante la primera noche.

Como era natural, varios individuos de nuestro musulmánico gremio asistieron al bazar y gastaron buenos pesos. Uno de esos moritos, cuyo rostro no está ni ligeramente sombreado por el enojoso vello que obliga á otros á ponerse diariamente en manos de un barbero, obtuvo entre sus papeletas un premio consistente en una docena de medias de señora, y al admirarse de ello, oyó que una dama, sentada á su lado, le dijo:—“No lo extrañe usted, amigo mío, porque como no tiene usted pelo de barba y su cara es bonipilla, la suerte ha equivocado su sexo, entre tantas y tantas personas que están aquí aglomeradas.”—La chispeante ocurrencia de la hermosa fué celebrada con grandes risas.

No lejos estaban dos pollos de esos que usan pantalanes de campana, luengas levitas, cuellos piramidales y sombreros de huevo frito, y entablaron este diálogo:

—¿Cómo me gustan esas cinco caras de rosa que tengo á la izquierda!

—Pues á mí me agradan más las seis pálidas que están á la derecha.

—¿Cuáles?

—Esas que lucen en un cuadro y que tienen muy bella vista.

Cerca de la entrada, había otros dos pisaverdes que se explicaban así:

—Ven chico: recorramos los salones: no temas que te llamen á ninguna mesa: aquí no se estila eso: te aseguro que nadie se meterá en las profundidades de tu bolsillo.

—Lo creo; ¿pero puedes asegurarme que la radiante luz de los ojos de Chuchita no penetrará en las profundidades de mi corazón?

Un par de gallos, sentados en un sofá, charlaban por lo bajo, de la manera siguiente:

—¡Pícara suerte!

—¿Por qué te quejas? ¿No has sacado nada?

—Sí he sacado.....

—¿Y eso te entristece?

—Sí, porque lo que he sacado es una calabaza, en premio de treinta pesos de papeletas que le regalé á mi pretendida.

—¿Te comió la carnada y dejó el anzuelo!

Los golpes te enseñarán á no ser tonto.....

No pocos lances más, por el estilo, ocurrieron en el transcurso de las horas que allí pasamos; pero faltan tiempo y espacio para relatarlos. Sólo nos queda el lugar suficiente para encarecer á nuestros lectores la asistencia al bazar del Casino Español, seguros de que disfratarán de momentos deliciosos, á la par de la satisfacción hija de la práctica de un bien en que se interesan la filantropía y el patriotismo.

EL MORO MUZA.

DE LA HABANA A SAINT THOMAS.

Creo que todos los que se han embarcado alguna vez, convendrán conmigo en que no hay nada que abarra tanto como un viaje por agua, y de seguro, los europeos que en Cuba existen, deben haber hecho la prueba, á no ser que hayan imitado á cierto correligionario mío, que, para recomendarse, contándome los servicios que había prestado á la causa de la libertad, me aseguró un día, muy formalmente, que, en cierta ocasión, había tenido que ir por tierra desde Santander á Londres.

Convencido yo de que, mientras no se proporciona distracción al ánimo, el vivir sobre el agua equivale á no vivir, he procurado facilitarme esa distracción, aprendiendo un poco el precioso juego del ajedrez, que me gusta extraordinariamente, por las maravillosas combinaciones que ofrece, siendo de ver como andan de ceca en meca, huyendo de las persecuciones que sufren, esas magestades blanca y negra que figuran en dicho juego, y á quienes nadie ha declarado todavía exentas de responsabilidad.

Rara vez sucede el que no haya á bordo de

cualquier buque de pasajeros quien conozca el el juego mencionado, y he ahí por qué, tan pronto como yo me vi sobre la cubierta del magnífico vapor francés que lleva el nombre de *Saint Nazaire*, comencé á hacer la investigación que más me interesaba.

Nada, lectores, nada conseguí, después de las muchas preguntas que hice al efecto, y como, á todo esto, pocos momentos después de salir yo de la Habana, se echó la noche encima, tuve por conveniente acostarme, esperando ser más afortunado al día siguiente.

Llegó ese suspirado día, con todas las señales de buen tiempo fijo, á pesar de las predicciones de los jesuitas, que, á poco tiempo de haber pasado por la Habana un huracán, anunciaban otro, razón por la cual todos mis amigos me rogaban que difiriese cuanto pudiera el viaje, á lo cual contestaba yo, diciendo, que el que se ha de ahogar, en todas las estaciones del año encontrará ocasión para ello, y, en efecto, de veintitantos viajes que llevo hechos por el mar, ninguno ha sido desgraciado, sin embargo de haberme casi siempre expuesto á las furias de los equinocios.

Amaneció un buen día, como digo, y tan bueno fué para mí, que tuve el gusto de hallar un contrincante de ajedrez. Excusado será decir que en seguida pusimos manos á la obra; pero... ¡que terrible contrincante me había deparado la suerte! A las tres jugadas, me puso una de las torres en la 3ª casilla del rey, cosa que me trajo á la memoria lo que una vez le sucedió al capitán *Evans*, autor de un excelente *gambito*, palabra tomada del italiano que equivale á *zanca-dilla*.

Viajaba dicho capitán, como yo, y como yo buscaba á alguien con quien jugar una partida, cuando se le presentó un prójimo que, sin conocer siquiera la marcha de las piezas, se propuso complacerle, para lo cual se hizo este cálculo: "En repitiendo yo, se dijo, las mismas jugadas que haga este señor, le haré creer que sé jugar, y en cuanto al resultado, el ganar ó perder poco me importa."

Pusieronse á jugar, en efecto; salió el capitán *Evans*, adelantando dos pasos el peon del rey, y dos pasos adelantó también el peon de su rey el extraño competidor. Entonces el capitán hizo andar otros dos pasos el peon de su reina, y el competidor repitió idéntica jugada. Tomó el capitán el peon del rey contrario con el peon de su reina, y el competidor hizo lo propio, no habiendo hasta entonces nada que reprocharle. Pero comió el capitán *Evans* la reina contraria con la suya, jugada buena, sin duda, por cuanto con ella pierde el segundo jugador el *enroque*, y ¿qué hizo entonces el competidor? A todo lo largo del tablero, y saltando por encima de dos peones, tomó el rey contrario con el suyo.

Dejo á la consideración de los aficionados á la invención de Palamedes, el efecto que produciría en el capitán *Evans* una jugada tan nueva, y con la cual nadie hubiera contado, restándome solo decir ahora, que yo juego mucho menos que el capitán *Evans*; pero que mi contrincante, el del viaje de la Habana á Saint Thomas, corría parejas con el competidor de dicho capitán.

No hubo más remedio que resignarme al fastidio de una navegación de cuatro días, sin hallar distracción de ninguna especie. Pero ¿qué digo? Miento; porque en la noche segunda, cuando yo estaba en lo mejor de mi sueño, me despertó un ruido espantoso, tras el cual noté que el buque había detenido su marcha.

¿Qué era aquello? Nada, que había reventado un tubo de la máquina, y, quedando el buque sin gobierno, estaba expuesto á estrellarse en alguno de los cayos del Canal Nuevo de Bahama, donde á la sazón nos encontrábamos.

Afortunadamente pudo componerse el tubo, como se compuso lo de Capa Rota, y el viaje no ofreció ninguna otra novedad hasta Saint Thomas, adonde pudimos llegar en 96 horas, á pe-

sar del contratiempo del tubo, dicho sea esto en honor del capitán, oficiales y maquinistas del *Saint Nazaire*, que es un precioso buque.

Buenos Aires.

AMURATES.

DIBUJOS SIN NOMBRE.

III.

Carácter dulce, apreciable;
De caballeros dechado;
En su deber, siempre honrado;
En su trato, siempre afable.

Con la nieve de los años
Se cubre su frente noble,
Como en el invierno el roble
Erguido, en climas extraños.

Su habilidad exquisita
Como ingeniero ha probado;
Adorna honroso entorchado
Las mangas de su levita.

En su política franca
No está por la libertad;
Dice que *tranquilidad*
Es derivado de *tranca*.

Pero por causarle enojo,
El pueblo, que está endiablado,
Aunque es hombre moderado,
Siempre le apellida rojo.

IV.

"El mar y un buen camarote
Son mi gloria"—dice él;
Y agrega:—"¡Dichoso aquel
Que tiene su casa á flote!"

Pone al mal tiempo mal gesto
Y á las damas buen semblante;
Es un bizarro *almirante*
Que tiene un *contra* antepuesto.

Jamas armó una alharaca
En club, en motín, ó logia;
A la fiera demagogia
Puso dique en la Carraca.

Como castiga deslices
A las virtudes se abraza;
Y es atroz, si la mostaza
Se le sube á las narices.

A la beldad halagando,
Bailes daba; pero un día
Los aplazó..... y todavía
Los estamos esperando.

SOLIMAN.

GILITO.

(REMINISCENCIAS.)

Era de noche, y sin embargo la empresa del gas dispuso que se encendiesen los faroles públicos.

Yo estaba en el teatro *Lersundi*, en donde se ahogaban *La hija del Mar* y los espectadores; y me reía de un se-diciente lechuguino, que desde un *palco-platea* dirigía sus gemelos, á las butacas. En una de éstas, veíase á una joven lindísima, que no perdía ni una sola zambullida de *la hija* de Zumel. El lindo la miraba tenazmente y quería, sin duda, zambullirse en el océano de los ojos de aquella encantadora joven.

En dicha inmersión no había más peligro para el pisaverde, que el monstruoso papá de la niña, el cual ocupaba un asiento inmediato al de su hija, y cuyo rostro de pocos amigos—excepto el dinero—revelaba, á las claras,

que el grave señor era un buzo consumado, ó quizá, un tiburón.

He dicho que me reía: falta saber por qué.

* *

Yo ocupaba una butaca, próxima á la de la referida chica.

Me reía, porque el joven que miraba incesantemente á la niña era un amigo mío, soñador y medio sonámbulo, y cuyo retrato es el siguiente:

Edad: veintitres años.
Profesión: ninguna.
Estatura: cinco pies y siete pulgadas.
Cara: ovalada y sin pelo de barba.
Color: blanco pálido.

Señas particulares: una nube en el ojo derecho (que nunca pudo curarse, porque no había llegado aún el ilustre Dr. Mascaró)—una verruga en la nariz, varias en el alma; y movimiento continuo en todo el cuerpo, menos en los dientes y las uñas. Después supe que mi amigo bailaba la *danza de San Vito*.

* *

Mi amigo se llamaba Gil Gil y Gil, pero todo el mundo le decía *Gilito*.

Gilito era, ni más ni menos, un buen chico, y reunía excelentes condiciones para marido.

Se enamoraba diariamente tres veces: por la mañana, de las muchachas que iban á la iglesia, á adorar sus santos: por la tarde, de las muchachas del barrio de Colón, que se asomaban á las ventanas; y por la noche, de todas las muchachas que concurrían al teatro de Albisu.

Sin embargo, nunca tuvo novias, pues se guardaba su amor, como el avaro sus talegos.

* *

Volvamos á *Lersundi*.

Gilito la miraba y ella miraba al escenario. Yo los miraba, y el papá, de cuando en cuando, sorbía un polvo y se sonaba. Una vez estornudó. El telón cayó, la niña se asustó y *Gilito* tembló y tuvo conatos de *bailoteo*.

* *

Entreacto.

Gilito abandonó el palco y yo mi asiento. Entré en el *Salon Payret*, en donde encontré á mi amigo, que compraba bombones, mientras comía caramelos.

Me aproximé á él, toquéle suavemente en el hombro derecho, hizo ademán de volverse; pero recordando yo la nube, me puse delante de *Gilito*.

—Tú.....

—Yo.....

—Falta medio peso, caballero.

—Estoy trastornado, chico.

—La cuenta es bien clara: un cartucho de bombones y media libra de caramelos.....

—¿Decía V.?

—Que me debe V. medio peso.

—Tómele.

* *

Nos sentamos á tomar un refresco y *Gilito*, atragantándose, á cada paso, con los caramelos, me dijo:

—¿Dónde vives?

—En la Calzada de Vives, le respondí... ¿Y tú?

—En la calle de la Industria, donde tengo tres vecinas muy guapas. La mayor de veinte años, es rubia como la mies, y es la que más me gusta..... ¿Has visto una muchacha, preciosa, en las butacas? ¿Cuánto daría yo!..... ¡Toma un caramelo!..... Esta noche estoy muy nervioso..... Pues decía que tengo tres vecinas..... ¡D. Serapio!

Y enseguida, pálido, cadavérico, empezó á bailar su endemoniada *danza de San Vito*, lla-

mando la atención de cuantos se hallaban en el *Salon Payret*.

—¿Qué tiene ese joven? preguntó un caballero entrado en años.

—Sospecho, contestó un mozo del café, que este señor tiene indigestión de caramelos.

Una ruidosa carejada, provocada por la ocurrencia del sirviente, obró tal reacción en el organismo de *Gilito*, que poniéndose en pie, salió repentina y precipitadamente del café.

Yo satisfice el gasto y le seguí.

En vano. Mi amigo había desaparecido, como un vestigio: no había ni vestigios de su persona. ¿Estaría en su palco?

A él me dirigí. En efecto, allí le encontré pálido, livido, cadavérico, temblaba como un azogado, y sus dientes castañeteaban.

Le pregunté qué le había pasado, y no me respondió sino con estas enigmáticas palabras:

—Los bombones.....! ¡D. Serapio!.....

¿Qué significaban esas exclamaciones?

Por fin, *Gilito* se repuso, y, presa de la mayor agitación, me dijo:

—Cuando estábamos en la mesa tomando refresco, apareció por la puerta que comunica el *Salon Payret* con el teatro, un hombre, que es mi mortal enemigo..... ¡D. Serapio! Me miró, no pude resistir su feroz mirada, y casi, casi, me entró la cosa.

—Y ese don Serapio ¿es alguno de tus acreedores?

—No. D. Serapio me odia, porque es un hombre infame. Figúrate que una noche me paseaba por el *Parque*, y entretenido con las muchachas, pisé inadvertidamente á un caballero, lastimándole el *juanete* del pie izquierdo. Lanzó una enérgica maldición, y me dijo: "Señor mío, tenga V. más cuidado, porque, si no, le voy á romper la jeta." Yo palidecí, y, como soy tan nervioso, empecé á temblar y á balbucear palabras de disculpa. Mi hombre juzgó una burla mi ataque nervioso, y me entregó una tarjeta, en que se leían este nombre y estas señas: *Serapio Matapinches-Sol número...*

Al llegar aquí, *Gilito* palideció horriblemente.

—Y bien, le dije, tú, según era natural, le entregarías también tu tarjeta.

—Nada de eso: eché á correr como alma que lleva el diablo.

—Y D. Serapio ¿no te ha mandado sus padrinos?

—No, pero me ha mandado una carta, llamándome.....

—¿Cobarde? No es eso?

—No, chico: en su carta me llamaba, con la mayor familiaridad, *Gilito*, y me ponía cual digan dueñas.

—¿Cómo sabía tu nombre?

—¿Qué sé yo? Tal vez lo preguntaría á alguno.

—Es verdad. Eres tan conocido, por tu enfermedad, que toda la Habana sabe tu nombre.

Se acabó la función *marina*.

Gilito y yo salimos apresuradamente, porque el primero deseaba contemplar, á su gusto, á la encantadora niña de las butacas, á quien había olvidado..... por D. Serapio.

Pero la niña se había marchado.

Me propuso *Gilito* una cena, y acepté. Entramos en *Las Tullerías*, en donde ocupamos una mesa de la sala, cuando, á poco tiempo, llegaron la consabida y su papá.

Yo estaba equivocado, pues el acompañante de la hermosa joven no era su padre, sino otra cosa peor: su marido. Y lo supimos por la bre-

ve conversación que sostuvieron, en una mesa, cerca de nosotros.

—¿Qué te parece *La Hija*, esposa mía?

—¿Cuál hija?

—*La Hija del Mar*, que acabamos de ver.

¿Cuál había de ser?

—Muy bonita, Paco.

—¿Qué trajes, qué decoraciones, qué gracia!

—Con todo, á mí más me gustó *La Gata Blanca*. ¿No te sucede á tí lo mismo, esposo mío?

—No digas eso, mujer. *La Hija* es una gran comedia de magia.

El tal esposo, por su gusto *zumeliano*, era acreedor á cualquier cosa.

Gilito cenaba maquinalmente. Sus esperanzas se frustraban, puesto que la preciosa niña estaba casada con aquel vejstorio.

De pronto, pónese éste en pie, y dirigiéndose á nuestra mesa, dice á mi amigo:

—Caballero, si no me equivoco, le conozco á V.

—Quizá..... no recuerdo.....

—Vé á V., en cierta noche, en el *Parque*, hablando con mi hermano Serapio, el cual desea verle, con urgencia.....

Copas, platos, cubiertos..... todo vino al suelo, metiendo gran estrépito. Le entró la cosa á *Gilito*.

El caballero y su señora se sorprendieron: yo sudaba; y los mozos del *restaurant* reclamaban el pago.

Pagué—(era la segunda vez aquella aciaga noche)—Saludé cortesmente al matrimonio, y tomé un *arrastra-panzas*, en el que conduje á *Gilito* á su casa. Yo me encaminé á la mía, que también lo es de Vdes.

Pasaron dos meses.

Un día recibí una papeleta de entierro. D. Gil Gil y Gil había fallecido.

Murió de la cosa que le entraba. Sus últimas palabras fueron éstas:—“La joven de las butacas, casada.....! ¡Ah! ¡D. Serapio!”

¡Pobre *Gilito*!

ABDERRAHMAN.

EL BASTON.

No he conocido un objeto más inútil y ridículo,

que el baston que usamos todos, por costumbre, ó por capricho.

Yo comprendo que use un palo quien necesite su auxilio, pero llevarlo por gusto, la verdad, no me lo explico.

El baston de *muletilla* tiene un objeto muy digno, y por eso en estos versos censuras no le dirijo.

El baston de *estoque* puede librarnos de algun peligro, por lo cual también respeto al baston que tiene pincho.

El baston de *autoridad* de su rectitud es símbolo, aunque usar tal vez debiera otro ménos expresivo.

Pero ese *adlittere* inútil, que por hábito, ó por vicio, lleva hasta el hombre más serio á todas partes consigo, esa varita con puño, débil caña, ó vil junquillo, que llega al fin á ser parte esencial de un individuo,

me es de tal modo antipático, insufrible y repulsivo, que le detesto y le odio, y le execro y le maldigo.

Hay quien no sale de casa sin llevar tal *admiráculo*, y lo lleva con más gusto que si llevase un amigo.

Quién va haciendo molinetes, caminando distraído y á lo mejor pega un palo al que tiene más vecino.

Quién bajo el brazo lo pone para encender un pitillo y saca un ojo, al pararse, á un ciudadano pacífico.

Otros nos llenan de polvo pegándose golpecitos

y otros le hacen dar más vueltas que si fuese un molinillo.

Este lo levanta en alto, y por el puño cojido, para no enfriarse, lleva las manos en los bolsillos.

Aquel que tiene en la esgrima su ejercicio favorito, con su baston se echa á fondo y el reló nos hace añicos.

El de más allá se rasca con el puño los carrillos, ó embelesado lo chupa como un caramelo un niño.

Todo el que está acostumbrado á llevarlo de continuo, si al entrar en una casa lo deja, se vé perdido.

Saca el pañuelo, lo dobla, lo convierte en abanico, y quisiera verse manco por no sufrir tal martirio.

Hay quien sin baston sería un hombre apreciableísimo, y que con ese defecto resulta un ente ridículo.

Lectores, no lo uséis nunca, pues yo de mí sé deciros que aún no sé para qué sirve y he gastado ¡ciento cinco!

BOABDIL EL CHICO.

EN UN ALBUM.

Preciosa Lola, es preciso que aquí mi pluma, sin tasa, escriba largo, ó conciso, Entrando sin tu permiso Como Pedro por su casa.

¿Quién es el que tu álbum mira Sin sufrir la tentación, Que al más apático inspira, De dar un golpe de lira. Dé tantos hay de violon?

¡Pero cese el hacer cargos A *ratos*, del arte aburto, Que sufren ratos amargos Escribiendo versos cortos... Si no le resultan cortos.

Y al admirar la dulzura De tu boquita sonriente, Que eres, mi labio asegura, La estrella más refulgente Del cielo de la hermosura.

Que á tus mejillas colora Ese diáfano arrebol Que la belleza aminora Del velo con que la aurora Adorna la luz del sol.

OMER NAPÉ.

MODAS DEL DIA.



La suprema elegancia hoy entre las damas consiste en parecerse lo mas posible á los jarrones del Japon, pero ¿qué querrán significar esos lazos puestos en ese punto?



CUPIDO, DIOS DEL AMOR, EN EL SIGLO XIX.

EL LUJO.

I.

Mardito zea el lujo. quien lo trujo y su zantizima maire, amen, decíame una vez un andaluz *mu resalao*, tirándose de tres cabellos que le quedaban, porque era más calvo que bolsillo de cristiano en la Habana, en materia de oro.—*Mardito zea el lujo, y yo que caí en er lazo, y me he quedao mirando el mar, que no es poco pa acabarze é zaldé.*

De oírle renegar y verle atribulado y afligido, entróme curiosidad de saber la causa de sus pesares, y el andaluz, sin hacerse de rogar, y con esa gracia hija solamente *é la tierra é María Zantizima*, manifestóme que había tenido un capitalito decente, se había casado, tuvo hijos y suegra, con esto lo dijo todo, y el lujo había dado fin con el *parné*, obligando su casa á un paraíso de nueva creación, no por los goces, sino porque en punto de trajes, aquella casa era el santuario de los tiempos primitivos.

Yo que tengo mis ratos de filósofo y hombre pensador, cosa extraña hoy que hay pensadores sin filosofía, y filósofos sin pensamientos, me impresioné de tal suerte con la relación de las desgracias del andaluz, que me dí á hacer reflexiones sobre el lujo, en beneficio de la humanidad.

Pensé una vez y otra, y torné á pensar diez más, y concluí por convenir que el lujo es un artículo de primera necesidad, y que el mundo no puede pasarse sin él. ¿Dónde iríamos á parar sin el lujo?

En un mundo en que cada bicho que respira, vive sólo de ilusiones, la fantasía debe mantenerse en constante ocupación, y en consecuencia debe existir el lujo, hijo legítimo de la fantasía humana. Y si no, vamos á ver ¿por qué abundan tanto los artículos de fantasía?

En política, en literatura, en las ciencias exactas, en las artes, en todo, figura el lujo en primera línea. Base de todos los sentimientos, cauce de todas las ideas, el lujo está incrustado en cada corazón, en cada cerebro, ni más ni menos que el primero de los elementos vitales.

Por eso no hay un gobierno, un literato, un mercader, un prestamista, un abogado y hasta un cochero que no sea lujoso, pero superabundantemente lujoso, maniroto, perdido, en materia de lujo.

Si se trata de de impuestos, allá vá ese y el otro y el de más allá; la cuestión es que todo el mundo vea que hay muchos, para que ninguno crea que una sola contribución hace el gasto.

¿En literatura? El primer escritor es poeta ó prosista ó historiador, ó lo que mejor le cuadra, si no lo es todo á la vez, y despilfarrar el *esprit* que cree tener en obras que ninguno lee y que por pasar á la categoría de las cosas superfluas, llegan á la condición de efecto de lujo.

¿El mercader?—Vayan Vdes. á hablarle de negocios, pregunténle por el tipo del oro, y si no echa pesos hasta por las uñas, avísenme en el acto.

¿El prestamista? ¿Y quién más lujoso que este benefactor de la humanidad? Lo que vale cien lo toma por cinco, y cuando da veinte ha de recibir quinientos, pero cuando toma lo primero ¿acaso le necesita? No, señor le toma por lujo, para que vean que á nada se niega, y punto final. ¿Y cuando presta? Sabe que corre el riesgo de perder su dinero, si se ausenta el que recibe el préstamo y se muere el que garantiza, ó se cae la casa hipotecada; pero él lo que quiere es hacer alarde de su riqueza, y por eso expone su caudal. Lujo, puro lujo, y paren Vdes. de contar.

¿Y el abogado? Hay una causa mala, injusta, inicua, pues allá va uno, ¿para qué se hizo el talento? Se hace lujo de habilidad, si es

preciso entran los argumentos sólidos en forma de onzas isabelinas, (al llegar aquí se permite al lector el lujo de suspirar,) se gana el pleito, y á andar. Pues no faltaba más que limitarse á las causas nobles y justas, y no salir de la esfera de los abogados novicios ó de corazón recto. Lo vulgar mata y es forzoso apartarse de la vulgaridad!

¿Y el cochero? ¡Oh! el cochero es el sér que más abusa del lujo, es el más desperdiciado de todos los nacidos. No le basta ir en coche á todas partes, ni llevar las riendas de gobierno. ¿Está lloviendo?, del pescante, salta á dentro del vehículo, se cabre la parte baja de su humanidad y ¡zas! échenle Vdes. todos los galgos del mundo: no se alquila! ni cómo se ha de alquilar, si se moja en el pescante? Deja de ganar algunos dineros, pero y él ¿qué caso puede hacer de las pesetas, si se va dando el lujo de dueño del carruaje ó rentista en infusión?

¿Y el bando del buen gobierno? Lujo, nada más que lujo.

¿Y el amor á la humanidad?

—Miren Vdes., dejaremos aquí la cosa y otro día será mayor, porque ¿no creen Vdes. que podemos tropezar con algun andaluz como el de *marras*, que al leer este artículo de lujo que maldita la falta que al público hace, diga de nosotros como decía el otro: *mardito zea el lujo, quien lo trujo y quien escribió sobre él?*

ALI-JALAPA.

HABLEMOS CLARO.

RESPUESTA Á VARIAS MISIVAS.

Todos los días recibo
Una esquila de tu pluma,
Donde en lenguaje expresivo
Me dices con gracia suma:

“Morito, he de agradecerte
Vengas acá, sin demora;
Hoy se le antoja á tu Aurora
Tener el gusto de verte.”

Y cada antojito de esos
Me cuesta ¡destino cruel!
Lo menos catorce pesos,
Y lo que es más, no *en papel*.

Pues siempre quieres comprarte...
¿Que se yo!... una tienda toda,
Que en tu furor por la moda
Nunca llegas á saciarte.

Y te lo digo de veras,
Tus citas me causan susto,
Pues para *limpiarme*, esperas
De verme tener el gusto.

Así, Aurora, siu reparo
Voy hablarte y sin falencia:
¡Ay, no con tanta frecuencia
Tengas un gusto tan caro!

O acabarás por hacermé
Exclamar que tú, á mi ver,
No tienes gusto de verme
Sino en *deberme* placer.

ESQJ-NOSIM RATLAR.

ARRECLOS.

¡Oh, filantrópico lector! si fueres de esos piadosísimos ciudadanos á quienes yo entro por el ojo derecho y á quienes mis derrengados artículos producen furtiva sonrisa, ya te veo venir con los labios suavemente entreabiertos, dispuesto á soltar el trapo, en vista del lacónico epígrafe de estos renglones.

¡Arreglo! ¿Qué tal te sientes después de oír este funesto vocativo? ¿Qué impresión te ha producido esta palabra en sentido enfático?

¿Ni fá ni fó? Entonces no me digas más; ya sé quien eres; ya sé de qué pié cojeas; he adivinado tu posición. Un hombre que oye la fúnebre voz de *arreglo* y no tiembla y no se espeluzna y no se muere de repente, no puede ser más que una de cuatro cosas:

O es extranjero.

O no entiende el castellano.

O es muy rico por su casa.

O no tiene una peseta, ni por donde le venga.

Y yo envío desde este lugar la sincera expresión de mi envidia á los que no hablan nuestro romance, á los que no tienen sentido común, á los que tienen dinero para dar y vender, á los que no tienen donde caerse muertos.

¡Bienaventurados!

¡Bienaventurados de ellos, porque suyo será el reino de los cielos, porque ellos han oído *arreglo*, como quien oye llover.

Por el contrario, si al escuchar *arreglo*, estas tres semicorcheas de *requiem*, que no las escribiera mejor el mismo Mozart, te quedas bizco, te caes patas arriba, ó te da un tabardillo; te he comprendido de medio á medio, he descubierto tu secreto más escondido, sé tu pasado, tu presente y tu pavo... pavo... roso porvenir.

Tú eres una congelada lagartija que tomas el sol en este medio derruido murallon. Tu eres la carne de cañón del presupuesto.

Tu vives del país de la nómina.

Y, ocioso es añadir que, parodiando aquella zarzuela bufa:

Sepan ustedes que están
en este solemne instante
nada menos que delante
de un empleado del gobierno.

* *

Me río yo de Teócrito y de Virgilio, de aquellos poetas de la antigüedad, de aquella dulce vida de los pastores, tendidos—como Títiro—*bajo la techumbra del haya*, entretenidos en tañer la zampoña como Melibeo.

¿Qué poco alcanzaban en materia *bucólica* los griegos y los latinos!

La verdadera vida pastoril es la vida de oficina.

¿Qué gran asunto para una égloga! ¿Quién pudiera traer á Garcilaso á un ministerio!

La vida de empleado es mi elemento, mi bello ideal, mi objetivo. Mi sueño dorado era no hacer nada por la mañana, ni por la tarde, ni por la noche.

¿Qué bello, qué épico, qué grandioso es eso! ¡no hacer nada!

Lo único que *hice*, para lograr mi deseo, fué rezar y con tan buena suerte, que á los pocos padre-nuestros, el cielo se me bajó á la tierra, me consideré el más venturoso de los bimanos; iba á ejercer mi legítima profesión: ¡holgar!

Me dieron un destino.

Y un *autre*.

Y luego otro; y van tres.

Y todos á cual mejor; tanto, que si cualquiera de ellos lo hubiera pescado Edipo, ni hubiera matado á Layo, ni hubiera ciegamente cometido tantas atrocidades con Yocasta.

Yo siempre había sido huron, melancólico é insorportable; porque siempre había presagiado que mi fin sería un fin harripilante, el peor de los fines: que acabaría por trabajar.

Pero desde que fuí empleado, desde que entré en el escalafon, respiré comodamente y me dije: mi destino es mucho mejor que el de Edipo; mi escala es el escalafon; el porvenir será mio; he aquí un hombre feliz.

¿Y por qué?

La solución es muy sencilla. Síntesis de la vida de un empleado en general:

Entra con pausa en el despacho: toma de po-

sesion en la butaca, toma de café, su poquito de jarana y su mucho de holgorio.

Se han pasado dos horas.

Por supuesto que él no se mete con nadie; ni con los expedientes.

Que llama el ministro.—Voy.

Que pregunta el jefe inmediato.—Tengo en estudio el asunto.

Que ponga usted la nota.—Se pondrá.

Que viene el interesado.—Vuelva usted mañana.

Y..... ¡pásate, día!

Y siempre hay recursos para *matar ociosamente* el tiempo. Pero especialmente sobrenaturales, extraordinarios hay dos recursos.

Recurso de invierno: la estufa.

Recurso de verano: el sofá.

Siempre que entro en una oficina y veo estos dos *ingredientes*, dirijo mi vista al *creador* de las credenciales y al *hacedor* de las cesantías, diciendo:

¡Cuán bueno eres! ¡Qué *calentones* me voy á dormir en esta hamaca del procomún!

Y me caliento.

Y duermo, ó dormito, ó hablo con los compañeros, pero en esa postura sin rival: todo lo largo que soy.

Y la mesa de mi negociado y yo somos dos seres de distinta arganzacion y tendencias, que nada tenemos que ver el uno con el otro.

Corónase este apacible cuadro mensual, con *Santa Paga virgen*, día en que—según el martirologio presupuestífero, *se saca anima*, es decir, se cobra el sueldo.

Si—como acontece—quiere uno lanzar pestes contra su profesion de empleado, jamás habla del destino, sino del descuento, del cual hay quien dice muy serio que es una verdadera felonía.

He aquí la cosa presentada por el lado bueno; lado que precisa considerarse, para comprender cuan tétrico, cuan horrendo es ese catástrofo que se llama arreglo.

El arreglo es la única espina que tiene la profesion.

Y la espina no sería tan aguda, tan ponzoñosa, tan mortal, si los arreglos no menudearan tanto.

¡Ay del le que pique este alacran! porque á él se le puede decir:

—Si te pica el *arreglo*, no vuelves á comer pan.

La tranquilidad no dura al funcionario más que ocho días.

Cada lunes hay un arreglo.

Cae el ministro, arreglo.

Se rebaja el presupuesto, arreglo.

Entra un subsecretario, con exigencias, arreglo.

Hay una reforma orgánica, arreglo.

Y cuando una voz lúgubre del jefe del personal dice: *arreglo*; cuando se propala en los clarines de los porteros, échate á temblar, agárrate á buenas aldabas, porque estás si me caigo ó no me caigo, porque te ves con un pie aquí y otro en la sepultura.

Prepárate, empleado mortal, para el golpe, *acude, corre, vuela, traspasa la.....* manpara del gabinete particular, no sea que te confunda el Jove del pan-funcionarismo, no sea que vayas á la mansion de los cesantes y pretendientes, no sea que el ministro en un papel escrito á medias, te diga á enteras, con el haber que por clasificacion te corresponda:

—Hasta aquí llegó y por la puerta se vá á la calle.

El arreglo es para un ministerio, lo que el diluvio para la humanidad. Haz alianza con el Ser Supremo de la oficina, con el ministro, y serás el Noé del *desmoche* y te salvarás de la *catástrofo*.

Aprovecha la ocasion, porque de este modo

no verás representar ante tus ojos la pasion y muerte de tus doce mil reales, no atravesarás el amargo *vía crucis* de una cesantía, y si te descuidares, el hambre te comerá por los pies, la levita se te romperá por los codos, tu cuerpo afectará la transparencia de una claraboya, tu estómago será una bomba *aspirante*, y tronado, hambriento, y sin afeitarse, tu más verdadero amigo te volverá la espalda y como otro Pilatos te enseñará á la humanidad *cobrando*, diciéndole:

Ecce homo cesante.

Ahora comprenderéis, lectores queridos, todo el valor, toda la interinidad, todo el misterio de la palabra *arreglo*.

Ved por qué llamaba bienaventurados á aquellos que oyen esta voz como quien oye llover.

Toda la dulzura, toda la calma pastoril, todo el *confort* de un empleo, tiene sobrada compensacion con las fuertes impresiones de un *arreglo*, con los paulatinos horrores de una cesantía.

Cuando entréis en una oficina y veáis un señor *repantigado* en la poltrona, recibiendo el aroma de un veguero; cuando le veáis que, calentito en la chocolatera del *cok*, ó soñoliento sobre el canapé, le coge la paga á fin de mes, no envidiadle; que Dios castiga sin palo y vosotros podréis espiar esta envidia con un destino.

Ese hombre espera la gorda y la gorda es el *arreglo*.

Ese hombre siempre está á pique de ser víctima de una *empleofagia* ó de un *destinicidio*.

La ociosidad no es suya; es del país, de esa multitud de fuerzas sociales sin educar, sin aprovechar. Y aunque el vicio de la ociosidad le fuera imputable, harto código penal le ofrece la amovilidad administrativa.

(Madrid.)

MOHAMED.

INGREDIENTES.

Dentro de breves días comenzará á darse á la luz pública, por entregas, un libro titulado: *Album del Hogar—Cuentos de una hora*, debido á la pluma del distinguido escritor mejicano D. Gerónimo Baturoni que hace pocos días llegó á esta capital.

La prensa de la República Mejicana ha consagrado á dichos cuentos varios artículos encomiásticos, no sólo por que en ellos campean las galas literarias, bajo una forma culta y castiza, sino porque constituyen una serie de novelitas llenas de moralidad é interes, sobre todo para las madres de familia y para el bello sexo en general.

Nosotros nos atrevemos á recomendar los *Cuentos de una hora*, al público de esta Isla, y de antemano auguramos á los lectores, momentos verdaderamente deliciosos, y decimos esto, porque hemos gozado con la bellísima y sana lectura que ofrecen dichos cuentos, unánimemente aceptados en toda la República Mejicana, lo mismo en el santuario del doméstico hogar que en los ateneos y academias de los literatos.

El primero de los *Cuentos*, *El Corazon y la Conciencia*, encierra, y esto puede colegirse de su simple título, provechosas lecciones de la más pura moral, y un interés novelesco, sin que por esto se advierta,—de lo que se ha separado justificadamente el autor—las tenebrosas intrigas y licenciosos episodios en que, por desdicha, abundan la mayor parte de las novelas románticas de nuestros días.

El precio de cada entrega, cuya publicacion, empezará á la mayor brevedad, es de 50 centavos, pagaderos al recibirla.

No terminaremos sin hacer presente á nuestros lectores que apenas iniciado, por el Sr. Ba-

turoni, el proyecto de dar á la estampa en esta capital, sus primorosos *Cuentos de una hora*, se han hecho á esta administracion—Obispo 50—numerosos pedidos.

—=—

—Diga usted, caballero, ¿cuántas veces al año se asean las calles de la Habana?

—Diré á usted: ascarlas nunca; pero las limpian cada año el jueves de la semana mayor, porque como hay procesion, y sale Jesus.....

—¡Ah! ¡Ya! temen que el *tufio* llegue á sus narices y se arrepienta de la redencion del género humano.

—=—

Los expendedores de fósforos de seguridad piensan dar un voto de gracias al Ayuntamiento, porque la falta de alumbrado público, hace que vendan muchos cerillos. Y es natural: de noche y á oscuras por ciertas calles de la Habana, si no se lleva la seguridad aunque sea de los fósforos, ¿quién asoma las narices fuera de casa?

—=—

Pronto verá la luz un nuevo periódico satírico-teatral, con el título de *El Duende*. Ya se ha repartido el prospecto.

—=—

D. Félix G. Marron y Varona, profesor de instruccion primaria superior, ha impreso la primera parte de su Aritmética para el uso de las escuelas públicas y privadas, arreglada al programa de las municipales de la Habana.

Dámosle las gracias por el ejemplar que hemos recibido.

—=—

En Nueva York ha principiado á publicarse, con el título de *Las Novedades*, un periódico dedicado á los intereses de España y los pueblos hispano-americanos.

Dice en su número-prospecto, que tenemos á la vista, que “no siendo órgano especial de ningun partido político, claro es que pertenecerá á todos los españoles, sean cuales fueren sus opiniones particulares. Y no podía ser de otra manera, tratándose de un periódico español, escrito en el extranjero, á gran distancia de la Madre Patria.”

Se publicará todos los días, excepto los domingos, costando la suscripcion doce pesos, en oro, al año, en esta ciudad.

En la administracion de nuestro semanario, *Obispo 50*, se admiten suscritores.

—=—

Los andaluces ni aún estando ciegos, pierden el buen humor.

Cuéntase que hace pocos meses, se escapó de la plaza de toros de Cádiz un bravísimo bicho salamanquino, y hallando en su camino á un infeliz ciego, le embistió, dándole un fuerte revolcon, pero, afortunadamente, no le introdujo los cuernos. Los que iban en persecucion del toro, exhalaban un grito de angustia, al ver al desgraciado ciego en tan apurado trance; mas, cuando se acercaban á él con intencion de auxiliarle, se levantó del suelo, diciendo:

—¡Oiga usté, amigo, pa desí que estorbo, no es menesté empujá!

—=—

Los abusos cometidos con indecible frecuencia por los cocheros y carretoneros de esta populosa ciudad, han dado motivo á diferentes determinaciones del caballero Corregidor, con el fin de castigarlos; pero de nada vale el buen deseo de tan celoso funcionario público, si sus subalternos son los primeros en oír sus advertencias como quien oye llover.

Está prohibido, por ejemplo, que los carre-

tones sean atravesados de acera á acera, para verificar la carga ó descarga, y, sin embargo, esto se hace todos los días, en las mismas narices de tal ó cual salvaguardia, sin que ninguno diga esta boca es mía, ni aun viendo que algún transeunte ha escapado milagrosamente de ser convertido en tortilla, entre la pared y el vehículo impulsado contra ella, con toda la fuerza de que es capaz un carretonero de hercúleo brazo y espaciosa espalda.

En la calle de Cuba, pongo por caso, hay una casa de ciudadanas que practican las doctrinas del amor libre, y frente á esa mansion, en cuyo interior suelen pasar escenas capaces de ruborizar al palo de la Machina, se forma una hilera de coches, impidiendo el paso por la acera, estrecha y mala, como si aquel lugar fuera paradero de carruajes de alquiler. Y por allí se pasean tranquilamente los del uniforme de color de forro de catre con vueltas azules, pensando, tal vez, que el Municipio les paga, para que sirvan sólo de adorno en todas las vías públicas.

Otras muchas cosas por el estilo hay que relatar; pero para muestra bastan las antedichas, á fin de no cansar al benévolo lector.

Si punible es el proceder de cocheros y carretoneros, no lo es ménos el descuido de los que han aceptado el encargo de hacerlos entrar en cintura. Y si les tienen miedo, que lo digan de una vez.

En el periódico satírico que el amigo Villergas publica en Buenos Aires, con el título de *Anton Perulero*, se han publicado los siguientes versos, con los cuales estamos completamente de acuerdo:

"De asesino tratad al que asesina,
Motejad al que roba, de ladrón,
Pillo llamad al que pilladas hace,
Titulad al que estafa, estafador:
Que es fácil que entre tantos aludidos
No haya quien ose levantar la voz;
Mas llamad ignorante al ignorante
Y ¡veréis cómo acaba la función!"

Un periódico que se publica en Constantinopla, dice, con fecha 12 de Abril último, que en Bagdad y sus inmediaciones se ha desarrollado la peste, causando gran número de víctimas.

Y yo digo que para pestes, no hay como ciertos lugares de la Habana, que se han convertido en depósitos de inmundicias. Ahí están varios solares céntricos que no me dejarán mentir, y más que ninguno otro el que se halla frente á la Prevención de Voluntarios. ¡Desdichadas las narices de los vecinos!

En Londres se ha suicidado Lord Lyttleton, que se hallaba hacía tiempo en un estado de grande abatimiento moral.

Pues, señores, no me admiro.
¿No sabéis de qué manera
Un noble se pega un tiro?.....
Lo mismo que otro cualquiera.

Un joven dotado de un carácter un poco vivo, escribió á una muchacha la siguiente esquila, que nada deja desear respecto á claridad y precisión:—"Te ví el lunes; te amé el martes; te escribí el miércoles; echaré la carta en el buzón el jueves; la recibirás el viernes; te pondrás en camino el sábado, para venir á casarte conmigo el domingo."

¿Cuántas individuos habrá en la Habana, que desean recibir una carta como la copiada! Sobre todo las que están ya pasaditas de maduras.

¡Y que no se encuentra un novio ni para curarse una calentura!

Damos al Sr. D. Valentin Catalá las más expresivas gracias por el ejemplar que nos ha enviado de su obra titulada *La higiene de los literatos*.

Segun dice la portada, es un "ensayo médico filosófico, útil á todas las personas que se dedican á los trabajos de la inteligencia y á los que llevan una vida sedentaria."

Su autor irá á buenos fines;
Pero saber no me alegra
Que es el de *La dalia negra*
Del cementerio de Güines.

Una queja de los enamorados que viajan á Cojimar desde Guanabacoa, ha llegado á esta redacción.

Pero distingamos: esos enamorados no sienten pasión alguna por este ó aquel individuo del musulmítico gremio. ¡Caracoles!

La queja no es amorosa, sino contra la *guagua* que va y viene entre los dos puntos citados.

¿Por qué?
Porque habiéndose anunciado dos viajes por la mañana y dos por la tarde, del indicado vehículo, solo se verifica uno, con gran pesar de los que diariamente tienen que hacer la visita de cajón á sus dulcineas.

Enamorado hay, que por falta de *guagua*, ha tenido que salvar la distancia entre Guanabacoa y Cojimar, un rato á pié y otro andando, para dar pruebas de su cariño á la prenda de su alma. ¡Oh amor!

Si en vista de esto, la empresa de la *guagua* no cumple lo ofrecido, debe tener entrañas de pedernal.

Habrà corrida de toros
Mañana en Belascoain;
Se lidiarán cinco bichos
Muy bravos para embestir,
A los cuales con la espada
Los diestros darán buen fin,
Y uno para aficionados
Que se la quieran lucir.
El simpático Gadea,
El ginete más gentil
Que en las táuricas funciones
La arena ha pisado aquí,
Del salvaje indio comanche
La escena va á repetir.
Todo, todo ha de ser bueno,
Pues murmuran por ahí
Que hasta el mismo presidente
Quiere aplausos conseguir.....
Y adios, lector: nos veremos
Mañana en Belascoain.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Creo, camaradas, que, como buenos musulmanes, habréis celebrado con toda el alma la derrota sufrida por el partido ultramontano en el Congreso español.

SOLIMAN.—Sin duda alguna, respetable presidente. Ninguno de nosotros miraba con buenos ojos la enmienda propuesta á la cláusula del proyecto de constitución, acerca de la tolerancia religiosa.

ALMANZOR.—De modo que la *unidad*.....

EL MORO MUZA.—Se ha reducido á *cero*. Pero dejemos eso, y dígame el amigo Miramamolín el título del libro que hojea con tanto interés, sin tomar parte en la conversación.

MIRAMAMOLIN.—Es una obra deliciosa, un libro excelente, que á su mérito literario une la

belleza de su impresión, y que era esperado con ansia por el público habanero, desde que se anunció su aparición. Titúlase *Cuadros sociales*, magnífica colección de artículos satíricos de costumbres, trazados por el chispeante escritor D. Juan Francisco Valerio, y cuya lectura es medicina muy eficaz contra el mal humor. En todos ellos abunda la gracia, campea la originalidad y se encuentra á menudo el chiste, de modo que me sería difícil manifestar cuales son los mejores.

ABEN-ADEL.—¿Y cómo has obtenido ese ejemplar?

MIRAMAMOLIN.—Lo debo á la amabilidad del autor; pero todo aquel que desee poseer uno, no tiene más que llegar á la Imprenta Militar, calle de la Muralla número 40, y, alojando la mosca, lo conseguirá.

ABEN-ADEL.—Pienso comprarlo, cuando salga de aquí para el teatro.

EL MORO MUZA.—A propósito de teatro, el miércoles me sorprendió agradablemente, en Tacon, el desempeño de *El barbero del Avapiés*. Me había figurado que Carreras no era para el caso, y me llevé un chasco solemne, porque estuvo muy bien, salvo ciertas precipitaciones en el hablar, que él pretende corregirse, sin que todavía lo haya conseguido. La señorita Moriones caracterizó perfectamente á Paloma, siendo ménos afortunada la señora Hueto, que en el tercer acto se presentó con el traje de manola, no cual una marquesa que se disfraza de mujer del pueblo, para escapar de una persecución, sino con la desenvoltura de la más despreocupada castañera. Cresej y Perié estuvieron á la altura de su buena reputación. La concurrencia, que era muy numerosa, aplaudió muchas veces á los artistas, haciendo repetir la canción de Lamparilla en el primer acto, las tiranas del segundo, y el coro de costureras, el duo de típles y las caleseras del tercero.—La empresa ha hecho bien en sacar á lucir *El barbero*, zarzuela que siempre agrada y que será repetida hoy y mañana, en el gran coliseo, razón por la cual recomiendo la asistencia á todas las personas que no conocen la obra y deseen pasar un buen rato.—Durante la semana próxima, será puesta en escena *Adriana Angot*.

ALMANZOR.—Séame permitido hablar ahora de la compañía dramática que funciona en Albisu, para felicitar de todas veras á la simpática Anita Suarez Peraza, por la maestría y el acierto con que trabajó en *Flores y perlas*.

SOLIMAN.—Pues yo quiero añadir una hoja de laurel á la hermosa corona de artista de Ceferino Guerra, que presentó un Valter admirable en *La huérfana de Bruselas*, cuya protagonista fué también interpretada felizmente por la señora Santos Rodríguez.

FERDUSI.—De acuerdo, amigo; pero has olvidado á Torrecillas, siempre ocurrente y oportuno, y á Astol, los cuales nada dejaron que desear, el primero en Juan el Rabio y el segundo en el Abate.

MIRAMAMOLIN.—Para esta noche se anuncia el drama de Tamayo, titulado *Los hombres de bien*, y yo pienso verlo, así como á *Don Juan de Serrallonga*, que se representará el lunes.

EL MORO MUZA.—¿Y mañana domingo no hay función en Albisu?

ALMANZOR.—Sí que la hay: drama de gran espectáculo: *El trapero de Madrid*, cuyo principal papel está á cargo de Ceferino Guerra. Además, dice el programa que he visto, se estrenará una buena decoración, y en uno de los once cuadros de que consta la obra, se verá un bien combinado baile de máscaras.

ABEN-ADEL.—Yo digo.....

EL MORO MUZA.—¡Chiton! Hasta aquí mi amor duró.